

LEOPOLDO CALVO SOTELO (1926-2008)

Palabras del Excelentísimo Sr. D. Salustiano del Campo Urbano

El 16 de noviembre de 2005 cumplí en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con el honroso encargo de responder al discurso de ingreso de don Leopoldo Calvo-Calvo-Sotelo y Bustelo, que había sido elegido el veintidós de junio del año anterior. Ha estado, pues, con nosotros mucho menos tiempo del que esperábamos, pero así lo ha dispuesto un poder muy superior al de los humanos. Por esto mismo se me hace tan difícil leer hoy estas líneas que desgraciadamente no pueden recoger una extensa obra académica, puesto que por el escaso tiempo del que dispuso no es comparable a la que realizó en otras actividades.

A la Academia le llegó hace pocos años la hora de recibir en su seno a una notable oleada de personalidades políticas que habían protagonizado en buena medida nuestra transición a la democracia. Alrededor de esta mesa hay varios y algunos han desaparecido, como Iñigo Cavero antes y ahora Calvo-Sotelo, de cuya biografía merece la pena recordar algunos rasgos. Cursó la enseñanza primaria en Madrid en el Instituto Escuela y la secundaria alternando entre Ribadeo y San Sebastián, hasta que estudió Quinto, Sexto y Séptimo de Bachillerato en el Instituto Cervantes de Madrid, donde fue discípulo de Antonio Mingarro en Física y de Manuel Cardenal en Filosofía. Influidos por ellos hubiera querido ser físico o filósofo, pero razones económicas le condujeron hacia una carrera técnica, la de Ingeniero de Caminos, que cursó en Madrid entre 1946 y 1951. *“La vida, confiesa, me llevó pronto de la construcción hacia la industria y, más tarde, a ese lugar indefinible que se llama política”*

Su carrera política empezó en las Juventudes Monárquicas de Joaquín Satrústegui “pintando paredes a hurto de serenos, con slóganes contra el Régimen y colaborando anónimamente en el panfleto confidencial que editaban sus Joven-

tudes”. Su ilusión juvenil de una monarquía parlamentaria se convirtió en realidad muchos años después, cuando el Rey don Juan Carlos le llamó en 1975 a su Primer Gobierno presidido por Carlos Arias. Perteneció a todos los gobiernos de la transición presididos por Adolfo Suárez, como Ministro sucesivamente de Comercio, Obras Públicas y para las Relaciones con las Comunidades Europeas. En Septiembre de 1980 fue nombrado Vicepresidente del Gobierno por Suárez que, al dimitir en Enero de 1981, le propuso para la Presidencia. Ya retirado de la política, Su Majestad el Rey le premió con el título de Marqués de la Ría de Ribadeo, con grandeza de España.

El 23-F, cuando se votaba su investidura, invadieron el Congreso de los Diputados guardias civiles al mando del Teniente Coronel Tejero con la intención de hacer girar la democracia hacia unos objetivos imprevistos y contrarios a la legalidad. Sobre este hecho, el propio Calvo Sotelo escribe: “*Después de tres minutos dramáticos y diecisiete horas grotescas terminó aquel esperpento y fui, por fin, elegido Presidente*”. Frente a los negros augurios que saturaron el ambiente, recondujo la situación, restituyendo a los españoles la confianza en las libertades y en el poder civil por encima de los tricornios y encomendando al Tribunal Supremo la última palabra judicial sobre los golpistas. La vuelta a la normalidad constitucional se consiguió finalmente tras algunas dificultades y hoy esta peripecia de nuestra democracia se ha transformado en un motivo de confianza en el funcionamiento de nuestras instituciones, con el Rey por delante, y también en nuestras propias fuerzas.

En mi discurso de contestación al suyo de ingreso hablé de todo esto, así como de su política y de su labor literaria. Sobre todo de sus libros Memoria viva de la transición, Papeles de un cesante y Pláticas de familia. En todos ellos mostró su buen estilo y también esa capacidad para hacer frases redondas que, escribe, “me devolvían mis adversarios como metralla”. En una nota biográfica que me entregó se contiene un párrafo emotivo que no me resisto hoy a reproducir delante de su esposa y sus hijos: “*Tengo en casa cajones llenos de páginas inéditas: desde las primeras a máquina (una Yost de tampón) de hace sesenta años, hasta las últimas en un ordenador. Mi mujer (que me sobrevivirá como es norma) podría ganar algún dinero publicando, dentro de muchos años, las más impertinentes y políticamente incorrectas y, entre ellas, una ristra de sonetos satíricos, bien medidos y peor intencionados, que mi amigo, el poeta Muñoz Rojas, llama acertadamente ‘habilidades’*”.

Desgraciadamente tan sólo ha ocupado su plaza de académico desde el 16 de Noviembre de 2005 hasta su fallecimiento en 3 de Mayo de 2008. En puridad, nuestros *Anales* de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas solamente recogerán una contribución suya original titulada “Nota sobre los males congénitos de la constitución de Europa”, presentada en la sesión del 18 de Junio de 2007 al Pleno de la Academia. En él señala como defectos originarios del proceso de la Unión Europea, la indefinición de sus límites hacia el Este y la ambigüedad del Tra-

tado de Roma, “que se refiere a la forma definitiva que hayan de tener la Comunidad primero y la Unión después”. Da, por otra parte, mucha importancia al comunicado de prensa de los seis países miembros de entonces, fechado en Luxemburgo en Enero de 1966, que según él “*adquiriría el rango de un artículo más y no el menos importante de los Tratados comunitarios*”. En él se establece la “*importancia de llegar a soluciones que puedan ser adoptadas por todos, continuando la discusión hasta que se alcance un acuerdo unánime*”.

Glosa luego la constante actitud obstruccionista de Francia hasta que se ha hecho patente el final inminente de la excepcionalidad francesa. A su juicio, el problema es ahora la ampliación desmesurada de la Unión a 27 miembros, que acentúa la ingobernabilidad y que solamente puede remediarse mediante una estructura federal. Como se ve, hasta el fin de sus días conservó su interés y preocupación por lo que tan importante fue en su gestión de nuestra política exterior.

Análogamente sucede con su visión de nuestra transición política o, si así se quiere, del advenimiento de la segunda transición. Denunció en un sabroso artículo de ABC cómo algunos intentan asumir la prestigiosa marca que tanto ha acreditado a España en el mundo actual. “*Me irrita y me preocupa, escribe, que bajo el rótulo de segunda transición se intente pasar una extraña y confusa mercancía que traiciona la experiencia misma de la primera*”. La desnaturalización, para él, comienza por las bases históricas de nuestra convivencia política, cifradas en la Constitución de 1978. Sus cimientos son los valores de la transición, que resume en “*la monarquía, el espíritu de reconciliación nacional, el propósito de no repetir los errores del pasado y la voluntad de mantener un sólido consenso en las cuestiones fundamentales*”.

Analiza después el carácter de los que proponen una segunda transición, siguiendo las líneas de la excelente obra del Profesor Álvarez Tardío, *El camino a la democracia en España*, que compara las dos transiciones políticas de nuestro siglo XX: la de 1931 y la de 1978, gracias a la cual hemos vivido los treinta mejores años de nuestra historia contemporánea, atribuyendo este gran éxito a que “sus protagonistas entendieron desde el principio que nadie podía arrogarse en exclusiva el título de demócrata, por lo que la participación de todos fue imprescindible para elaborar las nuevas reglas del juego”. Acaba su artículo trayendo a colación una copla de Cervantes en la segunda parte de *El Quijote* dirigida a quienes pretendieron hacerse con la marca:

“*Tate, Tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada*”.

Este es el esquemático perfil del académico que nos ha dejado demasiado pronto y que ha fallecido acompañado del sentimiento de los buenos ciudada-

nos de España, empezando por nosotros sus compañeros. El participar en su homenaje me aviva el recuerdo de una finísima observación que una vez me hizo sobre nuestra Academia el inolvidable José María de Areilza. La ocasión fue la solicitud de ingreso de uno de nuestros académicos actuales, que a la Sesión siguiente a esta presentación, hizo conmigo un aparte y me dijo: *“Salustiano, he recibido el CV de un nuevo aspirante a Académico, que no puede ser mejor: títulos extranjeros y nacionales, publicaciones en varios idiomas y actividades en los mejores centros europeos. Todo magnífico, pero a mí lo que de verdad me preocupa es si es una persona adecuada para que yo departa con él el resto de los martes de mi vida”*. Le aseguré que sí y comprobé con satisfacción que pronto se hicieron grandísimos amigos y con frecuencia se intercambiaban libros e informaciones. A mi vez yo recibí esta noble lección como algo muy valioso, que me permite evocar hoy a Leopoldo Calvo-Sotelo con la honda tristeza de que ya no podré relacionarme más con él los martes que me queden de vida.

Nada más y muchas gracias.